

Similitud no-litera! : un análisis microestructural de la metáfora

*M.^a Luisa Alonso Quecuty
Manuel de Vega Rodríguez*

Universidad de La Laguna

Una creencia generalizada es que el lenguaje respetable y preciso debe ser literal; es decir, que los términos hagan referencia a nuestra experiencia directa de la realidad (v. gr.: orientación espacial, conceptos físicos, actividades...). Este prejuicio ha estado especialmente arraigado en la comunidad científica, sobre todo en la época del positivismo lógico. El lenguaje metafórico o no-litera!, quedaría así relegado a una mera expresión estética o literaria en el mejor de los casos.

Esta actitud ha cambiado recientemente. El lenguaje metafórico constituye una proporción importante de nuestro lenguaje cotidiano (Lakoff y Johnson, 1980; Ortony, 1979 a), nos permite estructurar nuestro conocimiento de amplios sectores de la realidad (Lakoff y Johnson, 1980; Searle, 1979); determina nuestros planes y nuestro comportamiento (Sadock, 1979; Schön, 1979), e incluso está en la base de multitud de teorías y modelos científicos (Boyd, 1979; De Vega, 1982).

Paralelamente se han desarrollado en psicología cognitiva modelos teóricos e

investigaciones empíricas sobre la estructura de las metáforas y su comprensión (Ortony, 1979 a, b; Rumelhart, 1979; Tourangeau y Sternberg, 1981).

Las teorías constructivistas de la comprensión asumen que el lenguaje metafórico no requiere ninguna explicación particular, ya que su comprensión y producción obedece a los mismos principios que el lenguaje literal. En uno y otro casos, cuando un sujeto comprende un texto, construye un producto a partir de la información, siempre fragmentaria e incompleta, del propio texto, del contexto ambiental o lingüístico que la acompaña y de su propio conocimiento esquemático del mundo (Rumelhart, 1979). Esto explicaría los acusados efectos contextuales que se dan en la comprensión de elementos lingüísticos (v. gr.: no significa lo mismo «coche» cuando estamos hablando en una tienda de juguetes y cuando estamos hablando en una carretera). El perfil semántico de las palabras sufre connotaciones momentáneas (instantiation), como han demostrado varios investigadores (Anderson y Ortony, 1975; Anderson y Shiffrin, 1980). Por otra parte, esta misma

concepción constructivista explicaría las abundantes inferencias temáticas, a veces de carácter reconstructivo, que se manifiestan en la comprensión y memoria de textos (Schank y Abelson, 1977; Spiro 1980).

Un segundo grupo de teorías trata de analizar la metáfora desde una perspectiva microestructural, emparentada con los modelos de similitud. Desde esta perspectiva, habría que explicar la similitud no-literal existente entre el tenor (o sujeto) y el vehículo (o predicado) de la metáfora.

La posición de Cohen (1979) defiende un modelo de cancelación, según el cual la metáfora resultaría un fenómeno aberrante de cancelación de los atributos del vehículo: cuando decimos «tu rostro es una rosa», sólo algunas propiedades del vehículo son aplicables al tenor (v. gr.: tersura, color vivo), mientras que otras características de la rosa resultan irrelevantes para la comprensión de la frase (v. gr.: tener pétalos) y, por tanto, se cancelan. El problema reside en que mantiene el prejuicio clásico de la metáfora como fenómeno psicológicamente deficitario. Esto está en abierta contradicción con el carácter de amplificador cognitivo y organizador de nuestra experiencia y nuestra conducta atribuible a la metáfora. Una segunda dificultad se deriva de que Cohen no especifica los mecanismos psicológicos de la cancelación.

Los modelos microestructurales más avanzados se basan en concepciones formales de la similitud. Así, el de Tourangeau y Sternberg (1981) establece que la metaforicidad se basa en una doble dimensión de similitud. En primer lugar, el tenor y el vehículo se integran en sendos dominios o categorías supraordinadas, cuya distancia semántica debe ser máxima, para producir la tensión metafórica, requisito de la metaforicidad. En segundo lugar, cada uno de los dominios se concibe como un espacio n , dimensional; y el tenor y el vehículo deben ocupar una posición análoga en sus respectivos dominios. El modelo recoge al menos un hecho bien probado: la incongruencia

semántica entre el tenor y el vehículo. El otro postulado (la misma posición intradominio de los términos) es mucho más discutible (Ortony, 1979 a). Pero quizá el problema más grave radica en la propia formalización euclidiana del modelo, que pasa por alto ciertas peculiaridades de la similitud psicológica, como los fenómenos de asimetría, la susceptibilidad al contexto (Tversky, 1977), etc. Con todo, el mérito principal de Tourangeau y Sternberg, es que intentaron poner a prueba sus hipótesis, construyendo metáforas artificiales y comprobando si la bondad de las metáforas evaluadas por los sujetos dependía, en efecto, de la doble similitud propuesta. Nosotros mismos repetimos la investigación, construyendo metáforas con los mismos tenores y vehículos que Tourangeau y Sternberg y añadiendo algunos nuevos. Las metáforas así elaboradas fueron juzgadas en cuanto a su grado de comprensibilidad (Alonso y De Vega, 1983).

En la presente investigación cambiamos radicalmente la metodología, ya que hallamos serias deficiencias en la que habíamos tomado de Tourangeau y Sternberg. En primer lugar, la estructura de las metáforas generadas es muy artificiosa (v. gr.: Juana de Arco es la motocicleta de los personajes históricos) y en muchos casos están más cerca de los símiles y analogías que de las metáforas propiamente dichas. En segundo lugar, la construcción mecánica de metáforas produce un alto porcentaje de frases escasamente significativas, lo cual contrasta con las metáforas naturales, que son siempre coherentes. En tercer lugar, no es clara la relación entre bondad metafórica e inteligibilidad que establecen Tourangeau y Sternberg.

Sin duda, la teoría microestructural mejor articulada y psicológicamente más plausible es la de Ortony (1979 a, b; 1980). Dicho autor elabora una extensión del modelo de similitud de Tversky, para adecuarlo a la similitud no-literal. Tversky (1977) considera que la similitud entre dos términos está positivamente relacionada con la ponderación de los atributos

compartidos por ambos, y negativamente con la ponderación de los atributos diferenciales de ambos:

$$s(a,b) = \delta f(A \cap B) - \alpha f(A - B) - \beta f(B - A)$$

El parámetro δ expresa la ponderación de los atributos compartidos por los dos términos, mientras que α y β expresan la ponderación de los atributos diferenciales de a y b respectivamente. La ecuación de Tversky tiene enormes ventajas como explicación psicológica, ya que se acomoda a los fenómenos de asimetría observados; los parámetros α y β pueden cobrar valores desiguales, dependiendo de la posición en primero o en segundo término de a y b .

Ortony acepta la formulación de Tversky, aunque la considera insuficiente para explicar la similitud metafórica. Concretamente la prominencia de los atributos compartidos, se considera en la fórmula de Tversky un valor fijo (δ), pero en opinión de Ortony, uno de los requisitos de la metaforicidad es precisamente el *desequilibrio* de los atributos compartidos. Es decir, los elementos comunes al tenor y al vehículo de una metáfora deben tener mayor prominencia en el segundo que en el primero. Por ejemplo, en la metáfora «los carteles publicitarios son verrugas en el paisaje», la metaforicidad reside, en parte, en que el atributo «fealdad» es prominente en el vehículo y relativamente marginal en el tenor. La noción de *desequilibrio* de atributos es contradictoria con la idea de Tourangeau y Sternberg, según la cual el tenor y el vehículo deben ocupar la misma posición en sus respectivos espacios dimensionales. Uno de los objetivos de esta investigación es someter a prueba ambas hipótesis.

Las teorías microestructurales tienen la ventaja de estar formuladas de modo preciso y son susceptibles de contrastación empírica; no obstante, con frecuencia pierden de vista que la prominencia de los atributos compartidos o específicos se altera de modo sistemático en función de parámetros macroestructurales tales como el contexto. Ello es cierto hasta el

punto de que los perfiles semánticos de los conceptos exhiben a veces atributos emergentes, cuando aquéllos se integran en frases. Las alteraciones en la prominencia o la emergencia de atributos han sido denominadas connotaciones momentáneas (*instantiation*). Se trata de un fenómeno de ámbito general, que ha sido detectado en frases literales (Anderson y Ortony, 1975), y que seguramente incide sobre las metáforas. Esto será comprobado también en nuestra investigación.

En suma, esta investigación se enmarca en un análisis microestructural de las metáforas en la línea del modelo de contraste de atributos de Ortony; aunque también pretende observar algunos efectos contextuales sobre la microestructura. Específicamente tres son los objetivos: en primer lugar, comprobar si la metaforicidad está asociada a una mayor distancia semántica entre el dominio del tenor y del vehículo que entre el sujeto y el predicado del lenguaje literal. En segundo lugar, verificar si existe *desequilibrio* de atributos entre el tenor y el vehículo, como postula Ortony, o, por el contrario, los atributos compartidos poseen el mismo peso. En tercer lugar, analizar desde una perspectiva microestructural los fenómenos de connotación momentánea, al manipularse el contexto, tanto en metáforas como en frases literales.

La metodología utilizada presenta algunas novedades: en lugar de utilizar metáforas construidas artificialmente, o bien metáforas naturales seleccionadas intuitivamente, se procedió a un muestreo sistemático de metáforas. Ello permitió no sólo seleccionar metáforas con criterios aleatorios para los estudios subsiguientes, sino sugerir algunos principios taxonómicos y detectar sesgos temáticos. El resto de la investigación, por su carácter microestructural, emplea técnicas de tipo normativo-descriptivo.

PRIMERA INVESTIGACION

Esta primera investigación tuvo como objetivos, en primer lugar, conseguir una

muestra de metáforas representativa de las empleadas cotidianamente por el hombre de la calle (Lakoff y Johnson, 1980), que nos sirviera de materia prima para realizar posteriores investigaciones. Con este fin realizamos un muestreo de textos suficientemente amplio y extrajimos de ellos todas las metáforas, evitando sesgos de contenido y/o gramaticales.

Un segundo objetivo fue obtener puntuaciones fiables de estas metáforas en dos escalas: familiaridad (grado de viveza o mortandad de la metáfora) y objetividad. Para ello realizamos el estudio normativo que presentamos a continuación.

Método

Sujetos: La muestra estuvo compuesta de 105 sujetos pertenecientes a los cursos 1.º, 3.º y 5.º de Psicología de la Universidad de La Laguna. Su edad promedio era de veintiún años y todos ellos participaron en el estudio de forma voluntaria. Se distribuyeron en siete grupos, cada uno de los cuales contenía el 14 por 100 de la muestra.

Material: Con el fin de obtener el material metafórico necesario para nuestra investigación, realizamos un muestreo entre distintos textos (periódicos, revistas y libros). Una vez seleccionados los textos de cada una de las categorías que íbamos a analizar, extrajimos todas las metáforas que contenían. Obtuvimos así mil metáforas, que clasificamos según el grado de viveza, según fueran de conocimiento objetivo o subjetivo y según hicieran referencia a contextos sociales ambientales o psíquicos. La mayoría de las metáforas se refieren a contenidos sociales (57,78 por 100) y psíquicos (32,61 por 100) y muy pocas a contextos ambientales (9,61 por 100). Seleccionamos aquellas que presentaban la estructura «tenor es vehículo», defendida por Richards (1936). Sólo 120 metáforas (12 por 100 del total) mantenían dicha estructura. A continuación se elaboran seis cuadernillos, conteniendo cada uno 20 de las metáforas seleccionadas. Por último construimos un

séptimo cuadernillo de control, eligiendo aleatoriamente tres metáforas de cada uno de los seis cuadernillos anteriores.

Procedimiento: A cada grupo de sujetos se les presentaba una lista de 20 metáforas (salvo a los del grupo control, que sólo recibían 18). A la derecha de las metáforas aparecían dos columnas, una destinada a juzgar la familiaridad o grado en que una metáfora les era conocida, y la otra a la objetividad.

Las instrucciones solicitaban de los sujetos que puntuaran a cada una de las metáforas en sendas escalas de cero a diez, según su familiaridad y su objetividad. Se recomendó a los sujetos leer la totalidad de cada lista antes de atribuir las puntuaciones a las metáforas. También se animó a los sujetos a preguntar siempre que algún término no les resultara conocido. Por último, el experimentador realizó en voz alta, y de forma conjunta con los sujetos, los ejemplos que encabezaban los cuadernillos.

Resultados

Se hallaron las medias de cada una de las metáforas en cada escala y se consideró metáfora viva a aquella con una puntuación promedio igual o menor a tres en familiaridad (v. gr.: «Tu cisne es un cuervo»); metáfora muerta, a la que en esta dimensión tuviera una puntuación igual o mayor que siete (v. gr.: «Tu mejilla es una rosa»). Asimismo, puntuaciones medias en objetividad menores o iguales a tres definían metáforas de conocimiento subjetivo (v. gr.: «Su corazón era un caballo desbocado»), correspondiendo las medias mayores o iguales a siete a metáforas de conocimiento objetivo (v. gr.: «Las matemáticas son un árbol con muchas ramas»). Sólo encontramos 34 metáforas que cumplieran con ambos criterios.

Seguidamente calculamos, mediante un coeficiente phi, la correlación existente entre las puntuaciones en familiaridad y en objetividad, obtenidas por las 120

metáforas. El resultado fue una correlación moderada ($\phi = .60$; $p \leq .01$) entre las puntuaciones de las dos escalas.

Por último correlacionamos las puntuaciones promedio obtenidas por las metáforas en sus correspondientes grupos (los primeros cuadernillos) y las obtenidas por esas mismas metáforas en el grupo de control. Pretendíamos así hallar la consistencia intersujetos. En la escala de objetividad, la correlación fue moderada ($r = .60$), correspondiendo la mayor consistencia a las respuestas en la escala de familiaridad ($r = .84$).

Discusión

En primer lugar, con nuestra muestra de metáforas hemos detectado la infrecuencia del modelo de Richards (1936), «tenor es vehículo». Es más frecuente que el término o vehículo metafórico sea un verbo (v. gr.: «El proyecto ha sido *abortado*»), o que la estructura sea compleja, incluyendo verbos y categorías de valor metafórico (v. gr.: «La revolución triunfa cuando la *puerta* que *derrriba* está *podrida*»). No obstante, el empleo de las metáforas de Richards está justificado, por recaer la metaforicidad en categorías y no en verbos y estar la investigación más adelantada en el estudio componencial de las primeras que en el de los segundos.

En lo que respecta a los resultados del estudio normativo, éstos muestran que la familiaridad es un criterio clasificatorio aceptable y no ambiguo para los sujetos, tal como se desprende de la consistencia de las respuestas. Esto es importante porque implica que existe una metacognición del grado de tensión metafórica apreciable en las metáforas, y esta metacognición es compartida por la comunidad. Se trata de una dimensión psicológicamente tan clara como pueda serlo la tipicidad en las categorías (Rosch, 1978). No ocurre así con la consistencia de las respuestas en la escala de objetividad. Además, los sujetos tienden a situar las metáforas en posiciones intermedias del continuo dimensional, de modo que los

juicios son poco discriminativos. No obstante parece existir una cierta relación entre ambos tipos de escalas, tal como se desprende del valor alcanzado por phi, si bien esta correlación es sólo moderada. Las metáforas más novedosas tienden a ser más objetivas. Esto podría explicarse de dos maneras: (a) como fruto de una tendencia socio-histórica que se caracterizaría por la relativa mayor abundancia de metáforas objetivas en la actualidad y (b) por algún sesgo no controlado en nuestra selección de material metafórico.

Tomamos la decisión de abandonar el criterio clasificatorio de metáforas de objetividad, limitándonos a seleccionar aquellas que pudieran ser claramente definidas como vivas o muertas. Obtuvimos así un total de 77 metáforas, de las cuales elegimos aleatoriamente 60 (30 vivas y 30 muertas), para realizar la siguiente investigación.

SEGUNDA INVESTIGACION

Mientras algunos investigadores defienden que la metáfora debe estudiarse de forma independiente y aislada del contexto (Cohen, 1979; Tourangeau y Sternberg, 1981), los constructivistas considerarán a la metáfora como un proceso inferencial, basado en el contexto (Ortony, 1979 a, b).

Consideramos que sería de gran interés realizar un estudio en el que pudiéramos constatar esta relación entre metáfora y contexto, y con este fin realizamos esta segunda investigación, en la que pretendemos la consecución de dos objetivos. En primer lugar, obtener una medida de la *Generalidad Contextual* que presentan las metáforas hacia los tres tipos de contextos que, en principio, definimos: social, ambiental y psíquico. Planteamos la siguiente hipótesis: la generalidad contextual de las metáforas es baja, estando éstas asociadas a contextos particulares.

En segundo lugar, los resultados obtenidos sobre la generalidad contextual nos permitirían la consecución del principal

objetivo de esta investigación: el análisis del *Sesgo Temático* existente en las metáforas. En la primera investigación pudimos comprobar cómo la mayor frecuencia de metáforas en la muestra hacía referencia a contextos sociales y psíquicos, correspondiendo la menor frecuencia temática a los contextos ambientales.

Método

Sujetos: La muestra estuvo compuesta por 75 sujetos de 1.º de Psicología de la Universidad de La Laguna, con una edad promedio de diecinueve años, y que participaron de forma voluntaria.

Material: Tres cuadernillos conteniendo cada uno 20 metáforas (el total de 60 metáforas era el seleccionado en la primera investigación), acompañadas de 15 categorías, cinco de contexto social (amor, odio, admiración, comunicación y agresividad), cinco de contexto ambiental (mar, montaña, barrio, pueblo y ciudad) y cinco de contexto psíquico (idea, instinto, imaginación, recuerdo y deseo).

Procedimiento: Se dividió a la muestra en tres grupos de 25 sujetos cada uno. A todos los sujetos se les presentó un cuadernillo conteniendo 20 metáforas. Cada hoja iba encabezada por una metáfora completa (Tenor/Predicado/Vehículo); debajo aparecía la misma metáfora desprovista del tenor (.../ Predicado/Vehículo) y en la mitad inferior de la hoja una columna con las 15 categorías supraordinadas, convenientemente aleatorizadas, tal como se ve en el siguiente ejemplo:

EL TERRORISMO ES UN PUÑAL
.....ES UN PUÑAL

LA ADMIRACION ()
LA AGRESIVIDAD ()
EL MAR ()
EL BARRIO ()
EL AMOR ()
EL RECUERDO ()
EL ODIO ()
EL PUEBLO ()
EL DESEO ()
LA IDEA ()

LA IMAGINACION ()
LA COMUNICACION ()
EL INSTINTO ()
LA MONTAÑA ()
LA CIUDAD ()

Las instrucciones eran siempre las mismas, y en ellas se solicitaba de los sujetos que puntuaran cada una de las 15 categorías, en una escala de 0 a 10, según el grado en que cada término podría sustituir al tenor original en la metáfora incompleta. Se recomendó a los sujetos leer la totalidad de las 15 categorías antes de atribuirles la puntuación correspondiente. También se animó a los sujetos a preguntar siempre que algún término no les resultara conocido. Por último, el experimentador realizó en voz alta, y de forma conjunta con los sujetos, los ejemplos que encabezaban los cuadernillos.

Resultados

En primer lugar, hallamos una puntuación media para cada metáfora, tomando las cinco puntuaciones otorgadas por cada sujeto a las categorías de cada contexto. Así, cada metáfora obtenía tres puntuaciones medias, una para el contexto social, otra para el contexto psíquico y una tercera para el contexto ambiental.

A continuación, hallamos una puntuación media para cada contexto, a partir de sus puntuaciones medias en cada una de las metáforas. Obtuvimos tres medias finales, una para cada contexto, junto con sus correspondientes desviaciones típicas.

Estábamos así en condiciones de comprobar nuestra hipótesis referente al *sesgo temático*, para lo cual utilizamos la prueba T de «student» de diferencia de medias. Confrontamos las puntuaciones medias finales de cada contexto y los resultados nos muestran la existencia de diferencias significativas entre el contexto social y el ambiental ($t=2.39$; $p \leq .05$) a favor del contexto social; lo mismo ocurrió entre el contexto ambiental y el contexto psíquico ($t=3.02$; $p \leq .05$) a favor del contexto psíquico; no hubo diferencias significati-

vas entre los contextos social y psíquico ($t=0.15$).

A continuación, y con el fin de poner a prueba nuestra primera hipótesis referente a la generalidad contextual, definimos dos *índices de generalidad contextual* ($I G_p$: índice de generalidad contextual parcial; $I G_g$: índice de generalidad contextual global):

$$I G_p = \frac{\sum_{i=1}^5 x_i / N}{P_{max}} (1)$$

$$I G_g = \frac{\sum_{i=1}^{45} x_i / N}{P_{max}} (1)$$

Donde x_i es la puntuación media de cada metáfora para una categoría supraordinada; N es el número de categorías supraordinadas [5 en (1) y 15 en (2)]; P_{max} era la máxima puntuación que podían otorgar los sujetos, a cualesquiera de las 15 categorías respecto a su inclusión en la metáfora. Este valor era constante e igual a 10.

El índice de generalidad podía tomar cualquier valor entre cero y uno, donde el cero representaba la ausencia de generalidad contextual, y el uno, la máxima generalidad posible.

Calculamos, en primer lugar, cuatro índices de generalidad para cada una de las 60 metáforas. De estos cuatro índices, tres eran parciales ($I G_p$), uno por cada contexto, y el cuarto era global ($I G_g$), en base a las 15 categorías supraordinadas tomadas en conjunto. En 42 de las 60 metáforas los valores de los índices parciales de los contextos social y psíquico eran muy similares entre sí y superiores al valor del índice parcial del contexto ambiental, en el que se daba la menor generalidad contextual. Una serie de t realizadas nos permitieron constatar que no existen diferencias entre metáforas vivas y muertas, en estos índices parciales y globales de generalidad contextual.

Seguidamente calculamos una nueva serie de índices de generalidad finales

(IGG) para todas las metáforas (vivas y muertas), considerando los tres contextos, primero independientemente y luego de forma conjunta. En estos índices la fórmula original quedaba modificada por una constante (k) incluida en el denominador de la fracción y que representaba el número de metáforas incluidas en el índice final, tomando el valor de 30. El fin de esta modificación era mantener constantes los límites del índice entre cero y uno.

$$IGG = \frac{\sum_{i=1}^{30} x_i / N}{K \times P_{max}} (3)$$

Pudimos observar una ausencia casi total de diferencias entre ambos tipos de metáforas, tanto en los contextos tomados globalmente como en cada contexto particular, tal como se observa en la tabla I:

TABLA I

Índices finales de generalidad contextual, en los dos bloques de metáforas (vivas y muertas).

	Metáforas vivas	Metáforas muertas
Global	0.267	0.291
Contexto social	0.310	0.330
Contexto ambiental	0.180	0.210
Contexto psíquico	0.300	0.330

Por último, realizamos un coeficiente de correlación de Pearson entre los sujetos con número par y los sujetos impares, tal como habíamos hecho en la primera investigación, con el fin de comprobar la consistencia de las respuestas de los sujetos. El resultado ($r=.43$; $p \leq .000$) muestra la existencia de una correlación satisfactoria entre los sujetos.

Discusión

En primer lugar, llama la atención el que las metáforas tienen una generalidad contextual limitada. Se cumple así nuestra primera hipótesis, según la cual la generalidad de las metáforas es baja, estando

las metáforas asociadas a contextos particulares. En la muestra utilizada tienden a estar polarizadas hacia contextos sociales y psíquicos, coincidiendo con los resultados del muestreo original de metáforas, en el que el mayor número de ellas correspondía a contextos sociales y psíquicos. Esto podría explicarse a partir del hecho de que los procesos de comprensión en contextos ambientales son más primitivos (ligados a procesos perceptivos y motrices) y han sido primados filogenéticamente, pues son imprescindibles para la supervivencia. Es más probable que las metáforas, instrumentos de colonización conceptual, hayan surgido en los contextos sociales y psíquicos y se basen en analogías con el mundo físico (Lakoff y Johnson, 1980).

En base a lo anterior, era lógico prever, tal como lo hacíamos en nuestra segunda hipótesis, que los índices de generalidad contextual fueran similares en las categorías de contexto social y psíquico y diferentes para el contexto ambiental. Así sucedía, siendo los valores más bajos de los índices de generalidad los correspondientes a las categorías de contexto ambiental, con lo que se cumple nuestra segunda hipótesis: la generalidad contextual de las metáforas es similar en los contextos sociales y psíquico y menor en el ambiental.

Una última comprobación de la ausencia de diferencias entre los índices de generalidad de las metáforas según su grado de familiaridad, nos permite afirmar que los valores alcanzados por estos índices se deben sólo al tipo de contexto al que pertenecen las categorías y no a la mayor o menor familiaridad de las metáforas.

TERCERA INVESTIGACION

En esta y sucesivas investigaciones exploraremos los aspectos microestructurales de la metáfora y el lenguaje literal.

Con esta investigación pretendemos analizar la naturaleza de los atributos en

que se basan las relaciones de similitud que subyacen, tanto al lenguaje literal como al metafórico.

Ortony (1979 a) y Tversky (1977), definen las metáforas como relaciones de similitud no-literal. Estos autores afirman que la metáfora resulta de la intersección de los atributos que constituyen el perfil semántico del tenor y el vehículo; para ellos en las metáforas juega un papel primordial la prominencia de los atributos que interactúan. Para Ortony el desequilibrio en los niveles de prominencia de los atributos comunes al tenor y al vehículo constituye la principal fuente de metafóricidad, diferenciándose así las metáforas de las frases literales, en las cuales no existe desequilibrio entre los niveles de prominencia de los atributos comunes al sujeto y al predicado.

Pero cuando hablamos de atributos, ¿estamos refiriéndonos a rasgos funcionales (rasgos relativos a actividades del organismo dirigidas al medio o a los objetos, por ejemplo: *nadar*), o a rasgos descriptivos (rasgos relativos a experiencias sensoriales inmediatas, por ejemplo: *alto*)? ¿Cuál es la naturaleza de los atributos? Esta cuestión ya había sido formulada por Gardner (1974) y ha cobrado nueva relevancia al plantearse la Mervis y Rosch (1981).

Hicimos nuestra esta pregunta y decidimos investigar la naturaleza de los atributos en que se basan las relaciones de similitud que subyacen tanto al lenguaje metafórico como al literal. Con este fin realizamos esta tercera investigación, cuyos resultados tendrían carácter instrumental de cara a un cuarto estudio.

Método

Sujetos: La muestra estuvo compuesta por 45 sujetos, todos ellos pertenecientes a los cursos 1.º y 5.º de Psicología de la Universidad de La Laguna, con una edad promedio de veintiún años, y que participaron en las pruebas de forma voluntaria.

Material: Dos cuadernillos conteniendo 15 metáforas y cinco frases literales cada uno.

Procedimiento: Se formaron dos grupos de sujetos, cada uno de los cuales recibió una lista de 15 metáforas y cinco frases literales. Las 15 metáforas fueron seleccionadas de las 120 iniciales, tomando las 10 con menor puntuación en familiaridad, las 10 con mayor puntuación y 10 con puntuación intermedia. Las frases literales se elaboraron tomando distintos predicados pertenecientes a algunas de las 30 metáforas seleccionadas y añadiéndoles a cada uno de estos predicados un sujeto nuevo que transformara la expresión en literal.

Una vez reunidas las 30 metáforas y las 10 frases literales, se aleatorizaron convenientemente y se distribuyeron en los dos cuadernillos, de manera que hubiera el mismo número de cada tipo de metáforas en cada uno de ellos, más cinco frases literales.

Las instrucciones eran siempre las mismas, y en ellas se solicitaba de los sujetos que escribiesen, en el espacio en blanco que aparecía debajo de cada frase (metafórica o literal), en qué creían que se basaba la relación que se afirmaba que existía entre el sujeto y el predicado.

Como siempre, se les aconsejó que leyesen detenidamente cada frase antes de emitir su juicio y se les animó a preguntar siempre que no entendieran algún término. Por último, el experimentador realizó en voz alta, y de forma conjunta con los sujetos, los ejemplos que encabezaban los cuadernillos.

Resultados

En primer lugar, procedimos al listado de los atributos (rasgos descriptivos y rasgos funcionales) citados en cada una de las 40 frases. A continuación hicimos un recuento del número de veces que había sido citado cada uno de ellos (cada frase fue contestada por 15 sujetos, luego las frecuencias empíricas oscilaban entre 0

y 15). Los atributos con mayor frecuencia en cada una de las frases fueron anotados como los más prominentes. Estos datos tenían un valor instrumental para una posterior investigación.

Seguidamente diferenciamos entre los rasgos funcionales y los rasgos descriptivos. En las frases literales, el porcentaje de rasgos descriptivos citados (44,45 por 100) era prácticamente igual al de rasgos funcionales (55,55 por 100). Con las metáforas vivas ocurría lo mismo: 49,12 por 100 de rasgos descriptivos, frente a un 50,08 por 100 de rasgos funcionales. No ocurría así con las metáforas muertas. En este caso se obtenían porcentajes bastante dispares entre ambos tipos de atributos: 65,79 por 100 de rasgos descriptivos y sólo un 31,21 por 100 de rasgos funcionales. Lo mismo ocurre en las metáforas de familiaridad intermedia; hay un 65,47 por 100 de rasgos descriptivos, frente a un 34,53 por 100 de rasgos funcionales.

Un último análisis de datos estuvo dirigido a medir la consistencia de las respuestas de los sujetos a las distintas frases. El procedimiento seguido, al igual que en anteriores investigaciones, consistió en la división de la muestra en dos mitades (sujetos pares frente a sujetos impares), para la posterior confrontación de sus respuestas mediante correlaciones. El coeficiente de Spearman empleado en esta ocasión alcanzó un valor elevado ($r_s = .92$; $p \leq .01$). Este resultado muestra una alta consistencia en las respuestas de los sujetos, lo cual da una gran fuerza a las conclusiones de esta investigación.

Discusión

En esta tercera investigación hemos obtenido evidencia acerca de la naturaleza de los atributos (rasgos descriptivos y funcionales) de las frases literales y metafóricas. Hemos podido constatar que, tanto en las frases literales como en las metáforas vivas, los porcentajes de rasgos funcionales y de rasgos descriptivos son muy similares entre sí, cosa que no ocurre cuando las metáforas tienen un grado

medio de familiaridad y cuando son metáforas muertas. En estos casos se obtenían porcentajes bastante dispares entre ambos tipos de atributos.

Si nos basamos en la afirmación de Black (1979) de que sólo las metáforas vivas pueden ser consideradas como verdaderas metáforas, observamos que los datos obtenidos en esta investigación son favorables a la hipótesis de Rumelhart (1979) de igualdad entre el lenguaje metafórico y el literal.

Por último, la alta consistencia en las respuestas de los sujetos nos garantiza que los resultados obtenidos se deben únicamente a los aspectos mencionados. Ahora bien, cabe plantearse muchas preguntas: ¿Qué grado de prominencia tienen estos atributos en el perfil semántico del sujeto/tenor y el predicado/vehículo? ¿Tienen la misma prominencia o desigual? Estas preguntas sugirieron una nueva investigación, en la que realizamos un análisis de los atributos que poseían, tanto los sujetos y tenores como los predicados y vehículos de las 40 frases estudiadas.

CUARTA INVESTIGACION

En la investigación anterior solicitábamos de los sujetos que nombrasen los atributos en que creían que se basaba la relación entre los dos elementos (sujeto/predicado o tenor/vehículo), de las frases literales y metafóricas.

Ahora trataremos de aislar los atributos conceptuales de los tenores/sujetos y vehículos/predicados cuando éstos se presentan a los sujetos como categorías aisladas, no integradas en frases.

Un objetivo de este estudio es determinar la prominencia de los atributos citados en los términos conceptuales de las frases metafóricas y literales. De este modo podríamos, mediante la utilización de la ecuación de desequilibrio definida por Ortony, constatar o refutar en su caso la hipótesis de *desequilibrio como fuente de metafóricidad* defendida por Ortony (1979 a). De ser cierta esta hipótesis,

habría grandes diferencias entre ambos tipos de lenguaje, metafórico y literal, siendo el desequilibrio elevado en el primero y nulo en el segundo.

Por otra parte, la medida de la prominencia de los atributos de los términos aislados, contrastada con las medidas de prominencia de los atributos citados en las frases de la investigación anterior, nos permitiría determinar los *fenómenos de connotación momentánea* en ambos tipos de frases. Para ello utilizamos un índice de optimización para apresar las alteraciones en la prominencia de los atributos, e incluso la emergencia de nuevos atributos, cuando dos términos se unen para constituir una frase.

En suma, nuestras predicciones establecen dos tipos de diferencias entre metáforas y frases literales. Las metáforas ofrecerán un mayor desequilibrio entre los atributos del tenor y el vehículo a favor de este último que las frases literales. Además, los fenómenos de connotación momentánea (emergencia de nuevos atributos o alteración de la prominencia de los ya existentes) será más acusada en las metáforas que en las frases literales.

Método

Sujetos: La muestra estuvo compuesta por 45 sujetos, todos ellos pertenecientes a los cursos 3.º y 5.º de Psicología de la Universidad de La Laguna, con una edad promedio de veintidós años, y que participaron en la prueba de forma voluntaria.

Material: Se elaboraron dos cuadernillos, cada uno de los cuales contenía una lista de 35 elementos.

Procedimiento: Dividimos a los sujetos en dos grupos (A y B), a cada uno de los grupos se le presentó una de las dos listas de 35 elementos en sendos cuadernillos (el total de 70 elementos se obtuvo a partir de las 30 metáforas de la investigación anterior, de las que tomamos los 30 tenores y los 30 vehículos, más los 10 sujetos de las frases literales). Los 70 elementos fueron convenientemente alea-

torizados antes de distribuirlos en los dos cuadernillos. (Los predicados de las 10 frases literales no fue necesario estudiarlos por estar comprendidos entre los 30 vehículos metafóricos estudiados.)

Las instrucciones eran las mismas para todos y en ellas se solicitaba de los sujetos que citasen en los espacios en blanco que aparecían debajo de cada elemento todos los atributos que éstos recordaran (tomado de Rosch y Mervis, 1975).

Resultados

Realizamos un listado de los atributos citados por los sujetos en cada uno de los 70 elementos, así como un recuento de sus frecuencias, y tomamos el atributo más prominente de cada categoría. A continuación procedimos a tomar los atributos más prominentes de cada una de las 40 frases (30 metáforas y 10 frases literales) de la investigación anterior y tratamos de localizarlos en los elementos en su análisis individual. Una vez localizados los atributos, anotamos las frecuencias con que éstos aparecían, tanto en la frase como en los elementos aislados.

Seguidamente, comprobamos la consistencia de las respuestas de los sujetos mediante una serie de coeficientes de correlación de Pearson entre los atributos citados por los sujetos con número par y los citados por los sujetos con número impar. Se efectuaron 70 coeficientes de correlación, uno para cada elemento, y los resultados fueron satisfactorios (entre 0,87 y 1,00 para las frases literales y entre 0,21 y 1,00 para las metáforas).

Una vez comprobada la consistencia de las respuestas, realizamos un análisis conjunto de los resultados obtenidos en la tercera investigación y en la que ahora nos ocupa, dirigido el cálculo del desequilibrio de atributos en metáforas y frases literales; para ello empleamos el *Índice de Desequilibrio* definido por Ortony (1979 a), según el cual:

$$I(a,b) = g [f_B(x_i, \dots, x_{i+n}) - f_A(x_i, \dots, x_{i+n})]$$

donde g sería una función de carácter aditivo, y:

$$(x_i, \dots, x_{i+n}) = A \cap B;$$

es decir, el subconjunto de atributos compartidos por a y b, y f_B y f_A son parámetros que expresan la prominencia relativa de dichos atributos en a y en b, respectivamente.

Calculamos un índice de desequilibrio para cada metáfora.

Los valores de estos índices oscilaban entre (-6) y (24), lo que nos indica que, en algunos casos, el desequilibrio era favorable al tenor y no al vehículo (en los índices negativos). Lo mismo ocurría con los valores de los índices de desequilibrio obtenidos en las frases literales, que oscilaban entre (-9) y (30), siendo favorable, en algunos casos, al sujeto en vez de al predicado. A continuación, hallamos la media y la desviación típica de todos los índices de desequilibrio obtenidos por las metáforas y la confrontamos, mediante una prueba t de Student, con la media de los índices de desequilibrio de las frases literarias. No se observaron diferencias significativas al 1 por 100 ni al 5 por 100 ($t=0,2500$). Tampoco encontramos diferencias significativas en desequilibrio entre metáforas con distinto grado de familiaridad (vivas vs. muertas).

A continuación, pasamos a evaluar la *Connotación Momentánea* en las metáforas y las frases literales. Para ello elaboramos un *Índice de optimización de atributos* (10) para cada frase. Dicho índice se ajusta a la expresión:

$$IO = 1 - \frac{Fr_1 \times Fr_2}{P_{max_1} \times P_{max_2}} = 1 - \frac{Fr_1 \times Fr_2}{K}$$

donde Fr_1 es la frecuencia del atributo más prominente de la frase en la investigación anterior; Fr_2 es la frecuencia de ese mismo atributo en el primero (sujeto o tenor) o el segundo término (predicado o vehículo), considerados aisladamente; P_{max_1} es una constante igual a la mayor frecuencia obtenida por un atributo a lo

largo de todas las frases; P_{max} es una constante igual a la mayor frecuencia obtenida por un atributo prominente en un término aislado, y K es una constante del producto de las dos frecuencias máximas.

Este índice nos indica en qué medida la frase se basa en atributos prominentes del primero o del segundo término. Un índice bajo o nulo nos indicaría que la frase toma su significado de las propiedades semánticas que tienden a ser definitorias de los componentes categoriales (sujeto/tenor o vehículo/predicado). Un índice alto supone, por el contrario, que la frase posee un significado basado en los componentes categoriales de escasa prominencia e, incluso, en atributos emergentes, ausentes de las listas categoriales de los elementos aislados.

Los valores entre los que oscilaba el índice de optimización están comprendidos entre cero y uno, correspondiendo el cero a la mayor estabilidad en la prominencia de los atributos de los estudios y el uno a la mayor inestabilidad o connotación momentánea.

Hallamos 60 índices de optimización, dos para cada una de las metáforas, uno para hallar la optimización relativa del tenor y otro para averiguar la del vehículo. De los 60 índices, sólo 20 (33,33 por 100) fueron inferiores a uno, de los cuales cinco eran índices pertenecientes a tenores y 15 pertenecían a vehículos.

A continuación, aplicamos los índices de optimización a las frases literales. Hallamos 20 índices, dos para cada frase (uno para el sujeto y otro para el predicado). De estos 20 índices, el 50 por 100 fueron inferiores a uno, y de éstos el 80 por 100 correspondían a predicados. No obstante, los valores más bajos de estos índices correspondían a los sujetos.

Posteriormente, calculamos *Índices de Optimización Globales* para los tenores de las metáforas, los sujetos de las frases literales, los vehículos metafóricos y los predicados literales. La fórmula utilizada era una variación de la anterior:

$$IO_{global} = 1 - \frac{\sum_{i=1}^n (Fr_1 \times Fr_2)}{n \times K}$$

donde (n) era una constante igual al número de frases (igual a 30 para las metáforas e igual a 10 para las frases literales). Esta modificación de la fórmula inicial tenía como objeto mantener los límites del índice entre cero y uno.

En las metáforas los valores de ambos índices de optimización global fueron muy similares, siendo el índice de los tenores de 0,97, y el de los vehículos, muy similar, 0,93.

Hallamos, a continuación, dos índices de optimización global para las frases literales. Los valores alcanzados por estos índices, tanto en los sujetos como en los predicados, fueron los mismos: 0,85.

Por último, realizamos una serie de pruebas de t con el fin de detectar posibles diferencias significativas entre las frases literales y 10 metáforas escogidas aleatoriamente entre las 30 en estudio. Los resultados de las pruebas de t fueron siempre no significativos; no existen diferencias significativas entre los valores alcanzados por índices de optimización: (a) entre los tenores y los vehículos ($t = -0,71$); (b) entre los sujetos y los predicados ($t = 0$); (c) entre los tenores y los sujetos ($t = -1,13$), ni (d) entre los vehículos y los predicados ($t = -1,65$).

Discusión

El primer resultado destacable de esta cuarta investigación es la ausencia de diferencias entre los valores de los índices de desequilibrio de metáforas y frases literales, que nos permite rechazar la hipótesis del desequilibrio como fuente de metaforicidad (Ortony, 1979 a). El desequilibrio de atributos no es una tendencia sistemática. Algunas frases metafóricas y literales se acomodan a la dirección del desequilibrio prevista por Ortony sólo para las metáforas; en otras frases, de ambos tipos, el desequilibrio es negativo a favor del primer término, y, en fin, en

otras frases el desequilibrio de atributos es nulo debido a la ausencia de atributos compartidos.

En segundo lugar, la alta optimización encontrada, tanto en tenores y vehículos metafóricos (0,97 y 0,93) como en los sujetos y predicados de las frases literales (0,85) nos indica la existencia de connotaciones momentáneas (instantiation), coincidiendo con Anderson y McGraw (1973). Esto nos permite rechazar nuestra segunda hipótesis, que postulaba la existencia de diferencias entre ambos tipos de lenguajes en el grado de connotación momentánea a favor de las metáforas. De nuevo hallamos una inesperada similitud entre frases metafóricas y literales. La connotación momentánea es una propiedad general del lenguaje que no tiene especial relevancia en las metáforas.

Al principio de esta investigación defendíamos la existencia de desequilibrio de atributos entre tenor y vehículo como fuente de metaforicidad y hemos comprobado que no es cierta. No obstante, queda aún otra fuente de metaforicidad por estudiar; según Tourangeau y Sternberg (1981, 1982), la idoneidad de una metáfora es función directa de la incongruencia entre los dominios de procedencia del tenor y el vehículo metafóricos. Con el fin de contrastar esta hipótesis, planteamos una quinta investigación que pasamos a describir.

QUINTA INVESTIGACION

Ortony (1979 a) considera que la principal fuente de metaforicidad reside en el desequilibrio en los niveles de prominencia; pero la metaforicidad, afirma este autor, no depende sólo de este desequilibrio, sino también depende de la *incongruencia de los dominios* de pertenencia del tenor y el vehículo, de modo que cuanto mayor sea la distancia semántica entre éstos, mayor será la bondad de la metáfora.

Tourangeau y Sternberg (1981), por su parte, consideran que cuando el tenor y el vehículo pertenecen a categorías muy

cercanas entre sí, totalmente similares, estaremos no ante una metáfora, sino ante un estado de similitud literal. Para estos autores, la metaforicidad aumenta de forma directamente proporcional a la distancia semántica existente entre las categorías de origen del tenor y el vehículo y que ellos denominan *distancia intercategorial*.

En esta quinta investigación pretendíamos obtener evidencia que nos permita comprobar o refutar, en su caso, esta hipótesis de Tourangeau y Sternberg referente a la importancia de las distancias intercategoriales a la hora de diferenciar entre una expresión metafórica y una literal. Según esta hipótesis, la distancia intercategorial entre los dominios de procedencia del tenor y el vehículo metafórico es mayor que la existente entre los dominios del sujeto y el predicado de las frases literales.

El procedimiento seguido en esta investigación para obtener la medida de las distancias intercategoriales se basa en el empleado por Rosch (1975).

Método

Sujetos: La muestra estuvo compuesta por 30 sujetos, todos ellos pertenecientes a 3.º de Psicología de la Universidad de La Laguna con una edad promedio de veintiún años y que participaron de forma voluntaria.

Material: Dos cuadernillos (A y B) conteniendo 28 parejas de elementos, 14 de las cuales pertenecientes a expresiones metafóricas, más 14 parejas pertenecientes a frases literales.

Procedimiento: Comenzamos por elaborar una lista de 30 frases literales con las 10 frases empleadas en investigaciones anteriores, más 20 nuevas frases creadas para obtener una lista de frases literales igual de numerosa que la original de 30 metáforas.

A continuación, elegimos aleatoriamente 14 frases literales y 14 metáforas y

aleatorizamos sus componentes, obteniendo 56 elementos que sometimos a un sistema de jueces, que nos permitió obtener elementos cercanos semánticamente a los primeros y segundos términos de ambos tipos de frases.

La tarea de los jueces consistió en citar elementos cercanos semánticamente a cada uno de los 56 elementos (se les advirtió que los citasen por orden de prioridad).

De los elementos citados por los jueces, elegimos los de mayor frecuencia en cada ítem, y de éstos elegimos aquellos que habían sido citados por los jueces en primer lugar. Así, para la metáfora: «La familia es el sillar fundamental», obtuvimos dos elementos: uno cercano al tenor (hermano) y otro cercano al vehículo (base).

Una vez obtenidos estos nuevos elementos, que actuarían como términos de control de las metáforas y las frases literales, procedimos a dividir a la muestra de sujetos en dos subgrupos, a cada uno de los cuales presentábamos uno de los dos cuadernillos (A/B). En cada cuadernillo aparecían, aleatorizados, 28 pares de elementos pertenecientes a las 14 metáforas y 14 frases literales, con la siguiente estructura: tenor/vehículo (en el caso de las metáforas) y sujeto/predicado (en las frases literales). Debajo de cada par de elementos aparecía un semicírculo, y en el centro de su base, un término de control.

En los cuadernillos de tipo A estos términos de control eran elementos cercanos semánticamente al primer miembro del par (sujeto o tenor) que habíamos obtenido en el sistema de jueces. En los cuadernillos tipo B, el término control lo componían elementos cercanos semánticamente al segundo elemento del par (vehículo o predicado).

Las instrucciones solicitaban de los sujetos que representaran dentro del área del semicírculo que aparecía debajo de cada par de elementos, a los dos miembros de la pareja, considerando a cada elemento como un punto. Se les advertía que el lugar donde colocar cada punto

debían decidirlo teniendo en cuenta dos criterios: el grado de relación que había entre los dos miembros de la pareja entre sí y entre cada uno, y el término que aparecía en la base del semicírculo (nuestro término de control).

Resultados

Comenzamos por hallar dos medidas promedio para cada pareja de elementos: (a) la resultante de todas las distancias consideradas por los sujetos en ese par, cuando el término de control era un elemento cercano semánticamente al primer elemento del par (sujeto o tenor) y (b) la resultante cuando el término de control era semánticamente cercano al segundo elemento del par (predicado o vehículo).

Utilizando pruebas de *t* entre ambas medias de cada pareja, se observa que sólo en un 29 por 100 de los casos se dieron diferencias significativas, y de éstas sólo un 25 por 100 lo fue a un nivel de significación del 1 por 100.

A continuación efectuamos dos nuevas *t* entre las distancias intercategoriales de metáforas y frases literales. Tanto cuando el término de control era cercano semánticamente al primer elemento del par, como cuando se empleó un término de control cercano al segundo elemento de la pareja. Las diferencias eran significativas en ambos casos ($t=2.96$; $p \leq .01$ y $t=2.69$; $p \leq .05$, respectivamente), correspondiendo la mayor distancia a las metáforas.

Para terminar, hallamos la consistencia de las respuestas de los sujetos, por el método de las dos mitades, ya empleado en anteriores investigaciones. Mediante el cálculo de coeficientes de correlación de Pearson, pudimos observar que la consistencia era algo baja debido, sin duda, a la mecánica de la tarea, encontrándose una mayor consistencia entre las respuestas a frases literales (valores de *r* entre .31 y .82), que en las metáforas (valores de *r* entre .22 y .73).

Discusión

Coincidiendo con Ortony (1979 a) y Tourangeau y Sternberg (1981), que defienden la incongruencia de dominios entre las categorías de origen del tenor y el vehículo, como fuente de metafóricidad, hemos encontrado evidencia empírica a favor de nuestra hipótesis. La distancia intercategorial entre los dominios de procedencia del tenor y el vehículo metafórico es, en efecto, mayor que la existente entre los dominios del sujeto y el predicado de las frases literales.

El que las distancias intercategoriales halladas por los sujetos no presentaran diferencias significativas entre sí, según el término de control empleado, esté próximo al primero o al segundo término, nos permite afirmar que estos resultados poseen una gran consistencia y no están influidos por el elemento de control utilizado.

DISCUSION GENERAL

A lo largo de estas investigaciones, hemos cumplido los objetivos que nos habíamos marcado.

En primer lugar, con nuestra *taxonomía de metáforas*, hemos detectado la incongruencia del modelo de Richards (1936), «tenor es vehículo». No obstante, en las investigaciones subsiguientes hemos seleccionado metáforas del tipo «tenor es vehículo», por varias razones. Su estructura es más simple que en metáforas verbales; los estudios componenciales de las categorías están muy desarrollados, al contrario que el análisis semántico de los verbos (con la excepción del estudio de «primitivos» del grupo LNR, 1975); por último, la mayoría de las investigaciones descritas en la literatura utilizan la estructura de Richards.

También hemos constatado el valor de la dimensión familiaridad, tan clara psicológicamente como puede serlo la tipicidad en las categorías. Los sujetos son capaces de evaluar con precisión la viveza

o congelamiento de las metáforas, lo cual supone un fenómeno de metacognición. Probablemente los sujetos son sensibles al grado de tensión metafórica implícita en las frases.

Respecto al *estudio de la adecuación o inadecuación de los modelos componenciales*, hemos encontrado evidencia que hace dudar de la validez de estos modelos a la hora de estudiar la metáfora (Ortony, 1979 a, b; Tourangeau y Sternberg, 1981, 1982). Los índices de optimización son muy altos en las metáforas, reflejando la existencia de connotaciones momentáneas (instantiation), hasta el punto de producirse atributos emergentes. Luego hay algo más que meras operaciones combinatorias, a partir de listas fijas de atributos del tenor y el vehículo.

En lo referente a las supuestas *diferencias entre el lenguaje literal y el metafórico*, los datos son ampliamente disconfirmatorios. Tanto las frases literales como las metáforas, comparten: (a) acusados efectos de connotación momentánea, que se manifiesta en los elevados índices de optimización (cuarta investigación) (b) índices de desequilibrio de atributos entre el primero y el segundo término de las frases, que no difieren significativamente en ambos tipos de lenguajes; (c) la naturaleza de los rasgos activados, tanto en las frases literales como en las metáforas, es la misma; en ambos casos se da la misma proporción de rasgos funcionales y descriptivos.

No obstante, hay una divergencia notable entre ambos lenguajes: las distancias semánticas entre los dos términos de la expresión son significativamente mayores en las metáforas que en las frases literales. La metáfora rompe así con una restricción presente en las frases literales: en éstas, dado un sujeto determinado, los dominios semánticos del predicado gozan de pocos grados de elección; es decir, deben ser próximos.

Hay que destacar la disconfirmación de la tesis de Ortony, según la cual la metafóricidad se apoya en el desequilibrio de atributos compartidos entre el tenor y el vehículo, de modo que la prominencia es

mayor en estos últimos. Nuestros datos no ofrecen ninguna tendencia sistemática en el desequilibrio de atributos. En primer lugar, como hemos señalado, las metáforas y las frases literales presentan índices análogos de desequilibrio. Pero, lo que es más importante, las metáforas ofrecen una gran variedad de desequilibrios; desde puntuaciones nulas, a desequilibrio a favor del vehículo e incluso a favor del tenor. Por otra parte, existe una cierta contradicción entre el requisito del desequilibrio de atributos y la exigencia de que el tenor y el vehículo mantengan distancias semánticas altas (Ortony, 1979 a; Tourangeau y Sternberg, 1981). Cuando esto último ocurre, el número de atributos compartidos entre el tenor y el vehículo probablemente es nulo y, en consecuencia, los desequilibrios no tienen sentido. En efecto, muchas de nuestras metáforas y frases literales no ofrecen solapamiento de atributos entre sus dos términos.

Por último, hemos estudiado las *propiedades contextuales de la metáfora*. A este respecto, hemos podido ver, en primer lugar, una cierta especialización contextual o sesgo temático. Las metáforas sociales

y psíquicas se pueden aplicar a mayor número de tenores y son más numerosas que las metáforas ambientales.

En suma, nuestra concepción general de la metáfora sería la siguiente: (a) los atributos de la metaforicidad son la mayoría de las veces propiedades emergentes; es decir, optimizadas a partir de las categorías del tenor y el vehículo; (b) existe un fenómeno de connotación momentánea generalizado, en el momento en que dos términos categoriales se unen para constituir una frase; (c) las metáforas y las frases literales comparten una serie de características: fenómenos de connotación momentánea, alta optimización de atributos; d) las metáforas, en cambio, se diferencian de las frases literales en su mayor distancia interdominio; (e) las metáforas de estructura «tenor es vehículo» constituyen una proporción mínima del total de las metáforas; (f) las metáforas ofrecen un extraordinario sesgo temático, a favor de los dominios social y psíquico y en detrimento del dominio ambiental, y (g) las metáforas presentan una generalidad contextual relativamente alta en los dominios social y psíquico, y baja en el dominio ambiental.

Referencias

- ALONSO, M. L., y DE VEGA, M.: «La similitud no literal: un análisis empírico de la metáfora». *Revista de Investigación Psicológica*, 1923, 1, 0, 111-135.
- ANDERSON, R. C. y MCGRAW, B.: «On the representation of the meanings of general terms». *Journal of Experimental Psychology*, 1973, 101, 301-306.
- ANDERSON, R. C., y ORTONY, A.: «On putting apples into bottles: A problems of polysemy». *Cognitive Psychology*, 1975, 7, 167-180.
- ANDERSON, R. C., y SHIFRIN, A.: «The meaning of words in context». En SPIRO, BRUCE y BREWER (Eds.): *Theoretical Issues in Reading Comprehension*. Lawrence Erlbaum Associate Publisher, N. J., 1980.
- BLACK, M.: «More about metaphor». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- BOYD, R.: «Metaphor and theory change: what is "Metaphor" a metaphor for?». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- COHEN, L. J.: «The semantics of metaphor». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- GARDNER, H.: «Metaphors and modalities: How children project polar adjectives onto diverse domains». *Child Development*, 1974, 45, 84-91.
- LAKOFF, G., y JOHNSON, M.: *Metaphors we live by*. The University Chicago Press, 1980.
- MERVIS, C., y ROSCH, E.: «Categorization of natural objects». *Annual Review of Psychology*, 1981, 32, 89-115.
- NORMAN, D. A.; RUMELHART, D. E., y THE LNR RESEARCH GROUP: *Explorations in Cognition*. San Francisco. Freeman, 1975.
- ORTONY, A.: «Beyond literal similarity». *Psychological Review*, 1979 a, 86, 235-280.
- ORTONY, A.: *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979 b.

- ORTONY, A.: «Metaphor». En SPIRO, BRUCE y BREWER (Eds.) *Theoretical Issues in Reading Comprehension*. Lawrence Erlbaum Associate Publisher, N. J., 1980.
- RICHARDS, I. A.: *The philosophy of rhetoric*. London. Oxford University Press, 1936.
- ROSCH, E., y MERVIS, C. B.: «Family resemblances: studies in the internal structure of categories». *Cognitive Psychology*, 1975, 7, 573-603.
- RUMELHART, D. E.: «Some problems with the notion of literal meanings». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- SADOCK, J. M.: «Figurative speech and linguistics». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- SCHANK, R. C., y ABELSON, R. P.: *Scripts, plans, goals and understanding*. Hillsdale, N. J., Erlbaum, 1977.
- SCHÖN, D. A.: «Generative metaphor: A perspective on problem-setting in social policy». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- SEARLE, J. R.: «Metaphor». En A. ORTONY (Ed.): *Metaphor and thought*. Cambridge, England. Cambridge University Press, 1979.
- SPIRO, R. J.: «Constructive Processes in prose comprehension and recall». En SPIRO, BRUCE y BREWER (Eds.): *Theoretical Issues in Reading Comprehension*. Lawrence Erlbaum Associates Publisher, N. J., 1980.
- TOURANGEAU, R., y STERNBERG, R. J.: «Aptness in metaphor». *Cognitive Psychology*, 1981, 13, 27-55.
- TOURANGEAU, R., y STERNBERG, R. J.: «Understanding and appreciating metaphors». *Cognition*, 1982, 11, 203-244.
- TVERSKY, A.: «Features of similarity». *Psychological Review*, 1977, 84, 327-352.
- DE VEGA, M.: «La metáfora del ordenador: implicaciones y límites». En DELCLAUX y SEOANE (directores): *Psicología Cognitiva y procesamiento de la información*. Pirámide, 1982.

Resumen

La presente investigación tiene como objetivos, en primer lugar, comprobar si la metafóricidad está asociada a una mayor *distancia semántica* entre el tenor y el vehículo que entre el sujeto y el predicado literal (Tourangeau y Sternberg, 1981). En segundo lugar, verificar si existe *desequilibrio de atributos* del tenor y el vehículo (Ortony, 1979) o, por el contrario, los atributos compartidos poseen el mismo peso. En tercer lugar, analizar, desde una perspectiva microestructural, los fenómenos de *connotación momentánea* (instantiation) al manipularse el contexto, tanto en metáforas como en frases literales. La *muestra* estuvo compuesta por 300 estudiantes de Psicología de la Universidad de La Laguna. El *procedimiento* empleado es de tipo normativo-descriptivo. Los *resultados* son favorables a la hipótesis de distancia semántica de Tourangeau y Sternberg (1981) y disconfirmatorios de la hipótesis de desequilibrio de atributos de Ortony (1979). Además, la influencia contextual sobre la connotación momentánea (instantiation) es un fenómeno generalizado en el momento en que dos términos categoriales se unen para constituir una frase, ya sea literal o metafórica.

Summary

The aim the present investigation was, first, to test if the metaphoricity is associated with a greater *semantic distance* between the topic and the vehicle than between the subject and the literal predicate (Tourangeau y Sternberg, 1981). Secondly, we wanted to verify if an *attribute imbalance* exist between the topic and the vehicle (Ortony, 1979) or, inversely, if the shared attributes have the same weight. Thirdly, we wanted to analyze the phenomena of *momentaneous connotation* (instantiation), from a microstructural perspective, by way of context manipulation of metaphors as well as literal sentences. The *sample* was composed of 300 psychology undergraduates in the Universidad de La Laguna. The *procedure* used was of the normative-descriptive type. The *results* support Tourangeau and Sternberg (1981) semantic distance hypothesis, but do not confirm Ortony (1979) attribute imbalance hypothesis. In addition, the contextual influence on momentaneous connotation (instantiation) is a phenomenon that occur when two categorial terms combine to constitute either a literal or a metaphoric sentence.